

LA REVISTA ORIENTAL

PUBLICACION DE CIENCIAS, ARTES Y LETRAS

REDACTORES: EDUARDO D. FORTEZA, FERNANDO RIOS, ADRIANO M. AGUIAR, DIEGO CAPELLA
Y PONS, MIGUEL F. RODRIGUEZ Y JUAN CÁRLOS CARVALHO

ADMINISTRACION

Calle del Uruguay núm. 411

AÑO I — NÚM. XXIII

SUSCRICION ADELANTADA

Cuatro números \$ 0.50

LA REVISTA ORIENTAL

MONTEVIDEO, DICIEMBRE 22 DE 1885

SUMARIO—Baile de máscaras, por Rafael P. y Blanco—Mi reina, poesía, por Eduardo D. Forteza—Pensamientos—Voz del alma, poesía, por P. Ximenez Pozzolo—Irene, por Juan Carlos Carvalho.—Una vision, poesía por Víctor Arreguine.

Baile de máscaras

CUADROS DE UN DRAMA EN EL BAILE DEL

COLISEO DE . . .

I

Son las once de la noche, y el salon del coliseo se llena de parejas de baile

La orquesta llama al wals y las parejas se ponen en rápido movimiento como impulsadas por una fuerza magnética.

¡Cuántas veces he venido á este templo del placer juvenil en pos de dulces sensaciones, y he salido hastiado de él!

Nuevo Fausto, ardiendo en deseos de inquirirlo todo, bebi harto temprano en las amargas fuentes de la verdad. . . .

¡Ay! ¿por qué tambien no he de poder gozar, como esos seres dichosos, las purísimas sensaciones de la primavera de la vida?

¡Dulces ensueños de la infancia! ¿por qué no tornais de nuevo á mi mente y la bañais en divinas ilusiones? ¿Por qué no me trasportais en álas de la fantasía á la rústica aldea, á aquellas noches de brillante luna donde en los prados deliciosos danzaba con mi amada Josefa el baile encantador de los aldeanos?

¡Oh! ¡dejad que recuerde su encantadora esquivez cuando le pedia con mis miradas

y mis anhelantes suspiros el honor de danzar con ella!

¡Venid, venid, hermosos recuerdos de antiguos tiempos, venid y hacedme gozar en medio de ese torbellino incitador que se tiende ante mis ojos!

II

— Hermosa niña, ¿gusta bailar?

— Pero nada más que esta pieza, pues mi compañero me buscará cuando concluya.

— ¡Ah! ¿tiene usted compañero?

— Un amigo de mi familia.

— ¡Cuánto desearía serlo de usted!

— Aquí todos lo somos.

Concluida la pieza y al darle las gracias por su galantería:

— ¿Sería demasiado exigente si le pidiera me confiase su nombre?

— Josefa, caballero.

— ¡Nombre querido!

Ella se precipita en el palco lanzando una risita encantadora.

— ¡Ah! no te podré olvidar, nombre querido.— Pero . . . ¿qué es esta agitacion que siento? ¿Volverá á la vida mi corazon? ¡El mismo nombre! . . . Bella misteriosa, tu voz y tus miradas de candor me han llenado de una embriaguez extraña. . . .

III

La música con sus acompasados sonos inflama el espíritu y la alegría rueda por el salon del baile brillando en los rostros de la juventud.

El placer que se siente al danzar es indescriptible.

¡Cuántas emcciones agitan el corazon del que por primera vez frecuenta el baile!

Al tocar con vuestras manos la cintura de una mujer, os creis trasportado á un paraíso estrechaudo en vuestro seno el ángel de inocente amor.

¿Está vuestro corazón lleno de ilusiones? Pues bien: pedid á una niña os acompañe en la danza; si se niega, su repulsa aumentará con dolor en vuestro corazón un vago interés por ella.

Si al través de la careta de una misteriosa os dirigen unos labios clavelinos inocentes bromas, soñareis que os ama.

¿Quién podrá desconocer el ansia de los dulces apartes, de esos colóquios íntimos de dos seres que enlazados gentilmente discurren por el salón como la mariposa por los jardines?

El baile es uno de los placeres más embriagadores de la juventud.

IV

Mi frente arde.

Tengo sed.

El estrépito del baile á cuyo torbellino nos lanzamos como el intrépido guerrero á los ecos del clarín se arroja impetuoso á la lucha, pide tréguas.

Ven, hermosa incógnita, y en el intervalo de la danza y mientras bebemos te contaré una historia de amor.

¿No es verdad, hermosa, que es grato al oído el chocar de las copas en esta fiesta?

Siéntate.

Al despuntar la aurora de mi juventud amé á un ángel.

Fué mi primer amor.

Ella también me amaba.

Tuve que ausentarme.

La abracé y partí lleno de promesas y esperanzas.

Cuando el bajel que me conducía se alejaba de la costa de mi patria, yo la ví corriendo hácia la orilla del mar agitando un pañuelo.

No la ví más. . . .

Pasaron muchos años.

Un día un extraño mensajero de torva faz me notició haber asistido á sus bodas.

Al saberlo, sentí como la mordedura de una serpiente en mi pecho.

Mucho tiempo despues supe la muerte de su esposo.

Mas el hielo amontonado sobre mi corazón impidió volviera á sentir de nuevo por ella las sensaciones del primer amor.

Sin embargo, esta noche evoqué los recuerdos de mi niñez; su imagen hermosa brilló un instante en mi mente y su nombre hirió mis oídos. Un estremecimiento

se apoderó de mí. . . . Mira. . . . ¿ves aquella máscara? . . . ¿la conoces?

- Ignoro quien pueda ser. . . — Pero vamos al salón; tocan á bailar.

V

Aparta. . . apártate de mí.

Eres hermosa, pero tienes los labios secos.

No quiero tus besos.

Tu mirada emponzoña.

Tienes un no sé qué de diabólico que me repugna, mezclado, empero, con un encanto inexplicable, y que me atrae á tí.

Esfinge, dime quien eres.

¿Te callas?

Hermosos son los misterios, pero tú, máscara, no debieras haber venido aquí donde brillan tantas divinas flores como las estrellas del firmamento.

Tus ojos tienen la languidez de la muerte.

¡Ay! son astros apagados.

Tal vez brillaron un día, y espesas, negras nubes los ocultaron para siempre de aquellos en cuya luz gozaron,

¿Amaste alguna vez?

¿Bebiste como yo en los frescos labios de un ser querido la ambrosía de lo inmortal?

Sueltas carcajadas. . .

Aparta. . . apártate de mí. . .

VI

— Ya estamos solos. ¿No me dirás quién eres?

— Pues bien (bajando el antifaz), mírame

— ¡Amada mía! ¡alma de mi alma!

— ¡Deténte! . . . no me toques. . . . Yo soy su sombra, y solo porque te amo tanto he roto la losa funeraria que me cubría.

Esta noche, despues de tantos años, parecióme oír tu voz querida entre las ráfagas del viento y el ruido de las hojas secas que se arrastran sobre mi tumba. — ¡Me ama todavía! me dije; voy á verle.

¡Si supieras cuán triste es el cielo sin tí! Las flores del Paraíso no tienen la lozanía ni los encantos de aquella corona, prenda de amor eterno que me diste al despedirnos. Esa corona la llevé á la tumba.

El pérfido mensajero te engañó.

— ¡Cómo!

— El mismo me asesinó, porque te amaba. También te engañó el otro.

¿Recuerdas tu hogar?

Todo ha desaparecido.

Ya no existen aquellos valles.

Solo las aves conservan recuerdos de tus cantos.

Quando van á posarse sobre mi tumba, siempre cantan las canciones con que tanto me embelesabas. Entónces me levanto del sueño eterno, ciño mi corona y me pongo á escucharlas.

Te quiero tanto, que deseo goces esta noche con ver tan solo mi sombra.

—¡Ay! ¿por que no me permites abrazarte, sombra querida?

—Hay un día reservado para nuestra eterna ventura. Ese día llegará, amado mio. Entre tanto, espera. . . . Nunca me olvides. ¿Recuerdas estas palabras?

Oye todavía.

De hoy más me, contemplarán tus ojos en las flores de la primavera, entre los celajes de los crepúsculos y en el brillante campo de los cielos.

Porque yo soy tu amor, ideal eterno del alma, yo, la que te besaba dulcemente en la aurora de tu juventud.

No te detengas aquí. Vete. Deja que me oculte. Si los que se acercan te oyeran, creerían que te habías vuelto loco.

VII

En marcha.

A medida que me alejo del coliseo el bullicio del baile se extingue poco á poco. . .

Maquinalmente dirijo mis ojos á los cielos y contemplo allá en oriente la estrella de la mañana anunciando la proximidad de la aurora.

¡Astro divino! despues de una noche de ignoradas agitaciones; ¿serás tú la estrella de la esperanza mia, la precursora de un bello porvenir?

.....
Ahora, al reclinar mi frente sobre la almohada sigo el alegre canto del gallo saludando el nuevo día.

¡Salve, oh dulce canto, tú que allá en las hermosas mañana; de mi infancia me despertabas en la cuna haciendo asomar á mis labios la sonrisa de la inocencia!

¡Tú me haces recordar la aldea en que nací y donde pasé mis primeros años!

Rafael P. y Blanco.

Febrero de 1877.

Mi reina

Miralla, cuan bella pasa
Envuelta en flotante gasa
Y con su veste turquí.

Soñadora como Armida,
Virgen del mármol surgida
Á los golpes del buril.

Parece un ángel del cielo
Que ha descendido á este suelo
Para ayudarme á vivir.

Es divinal, es hermosa,
Tierna, riente y candorosa
Como un ensueño infantil.

En su mejilla hay sonrojos,
Hay luz del cielo en sus ojos,
En sus ojos de zafir.

Con su amor causa delirio,
Con su desden dá martirio,
Son sus labios de rubí.

Es tan gallarda y airosa
Como la púdica rosa
Que se mece en el pensil.

Quando sus labios suspiran,
Quando sus ojos me miran
Con inmenso frenesí;

Parece anhela decirme:
«Yo nunca quiero morirme,
Quiero una vida sin fin;

Para poder adorarte,
Para poder siempre amarte,
Para vivir junto á ti.»

Ah! yo tambien quiero amarla,
Con fanatismo adorarla,
Solo para ella vivir.

Y enlazadas nuestras vidas,
Nuestras almas confundidas,
Vivir así, siempre así.

Yo quiero beber su aliento,
Ocupar su pensamiento,
Y entre sus brazos morir.

Es mi religion su historia,
Su infinito amor mi gloria,
Ella es todo para mí.

Es mi reina y soy su esclavo,
Siendo su siervo, su esclavo,
Soy dichoso, soy feliz.

Eduardo D. Forteza.

Montevideo, Diciembre 16 de 1885.

PENSAMIENTOS

Á mi querida prima

CÁRMEN XIMENEZ

Dichosas la madres que pueden contemplar sonriendo, como brotan en el alma de sus hijas los gérmenes de virtud que ellas sembraron; y dichosas también las hijas que como tú, pueden contemplar esa sonrisa al través de una lágrima de júbilo. Dichosas, sí, porque tales hijas, avanzan por el camino de la vida sin la mas leve sombra en la conciencia.

Mamela Basavilbaso y Ximenez.

Buenos Aires, Noviembre 8 de 1885.



En tu álbum

Á MI SIEMPRE QUERIDA PRIMA M. B. Y X.

Querida Manonga: Me pides un pensamiento para tu album, y como nada te puedo negar voy á complacerte, esperando que sin fijarte en mi estilo solo veas mi cariñosa intencion.

Cuando el sol se muestra con mas esplendor, su luz produce en mi espíritu un placer inefable.

Cuando el cielo esta cubierto de plomizas nubes, cuando brilla el relámpago y estalla el trueno, me pongo triste y entonces recuerdo el sol por que mi espíritu necesita su luz.

Por esto creo que si se dá como cierta la afirmacion de que «ausencias causan olvido» se cae en un verdadero error -Así prueba lo que conmigo me sucede.— Cuanto mas tiempo pasa desde tu partida, más te recuerdo, y te siento más presente en mi pensamiento y en mi corazón.

Cármén Ximenez.

Montevideo, Noviembre 10 de 1885.



Á mi distinguida amiga

CÁRMEN XIMENEZ

Al recibir tu album, con término perentorio para dedicarte un pensamiento, me sentí emocionala, reconociéndome incapaz de describir, lo que sin embargo, sé sentir.

Debo complacerte, y lo hago diciéndote:

“Así como las fragantes flores abren sus delicados pétalos al rocío de la mañana; abro yo mi corazón á los vínculos de la sincera amistad que deseo nos una.”

Rosa Olivera.

Montevideo, Octubre 30 de 1885.



En el álbum

DE MI AMIGA AGUSTINA HEREDIA

En mis noches de insomnio una voz misteriosa me dice:

Ama, ama mucho débil criatura; que el amor es el ideal del alma y la religion del corazón.

Espera, espera siempre; que la esperanza es la luz del espíritu y el perfume de la vida.

Amar y esperar, es vivir.....

Julia Soría.

Montevideo, Diciembre 10 1885.



Guarda como tesoro inapreciable, la fé que abrigas en tu puro corazón, porque ella será el escudo que opongas á las desdichas de la vida.

Erlinda G. de Bayce.

Noviembre 10 de 1885.



Cármén

Las flores embriagan con su perfume á todo cuanto las rodea, pero tu con el conjunto de bellas cualidades que te hermocean, haces la felicidad de tu familia, y contribuyes á que se cultive eternamente tu amistad.

Cármén Moratorio y Reissig.

Diciembre 18 de 1885.



En el álbum de un amigo

El alma sin esperanza, es flor sin perfume; nota sin ritmo; corazón sin sentimiento; cielo sin luz; templo sin Dios.

Julia Soría.

Montevideo, Diciembre 2 1885.

Á Carmen

Amo en las flores su perfume, y en tí, el ideal de tu bondadoso corazón.

María R. Ellauri.

Abril 25 de 1885.



El culto que dignifica mas á la mujer cristiana, es el que tiene por base la religion del deber.

Rosa Moratorio.

Diembre 18 de 1885.



En el álbum de una amiga

Que puedo deciros hermosa Margarita, mi buena amiga, á vos que sintetizais todo cuanto de bello y grande existe en la tierra, que ya no se os haya dicho.

Creo que absolutamente nada.

Os podria decir, que sois una Venus de Milo; que sois gallarda como cimbradora palmera blandamente mecida por el viento; hermosa como una aurora; pura como el beso de una madre; tierna como los anhelos del corazón pero todo esto, no seria sinó un débil reflejo de vuestras perfecciones y encantos.

Prenteder pintar vuestra hermosura, seria como querer transmitir fielmente al lienzo la hermosura del cielo en un dia apacible de primavera.

Entonces notaria con profunda tristeza el artista, la falta de colores en su mísera paleta, para imprimir los espléndidos cambiantes de luz, la rica variedad de colores verdaderamente inimitables con que se engalana el cielo.

Asi como el amor se siente y no se define, vuestras bellas dotes se ven y no se pueden expresar.

Quién os trate, se convencerá palmariamente de que mi aserto no tiene nada de hiperbólico, siendo por lo contrario muy auténtico.

El que quiera ver fielmente reproducida la hermosura del cielo, contéplelo reverberado en el límpido cristal de las durmientes aguas de un lago;— el que quiera conocer vuestra hermosura, cultive vuestro trato y la sentirá en todos los momentos en que os hable y mire.

El pincel y la palabra, en ambos casos

serian instrumentos muy pobres para expresar tanta belleza, tanta sublimidad.

Disculpad mi laconismo.

Eduardo D. Forteza.



A Celedonia Mendez

(EN SU ALBUM)

¿Qué pudiera decirte, Celedonia?
¿Qué pudiera decir de tu belleza,
De la ingénita gracia y gentileza
Con que el cielo propicio te dotó?
¿Qué pudiera decir yo de tu alma
Que exhala grato, virginal aroma?
Ah! no se puede en el rebelde idioma
Decir lo mucho que quisiera yo!

Cuando contemplo la virtud unida
Al prestigio de célica hermosura
En un ser impregnado de ternura,
De alma dulce y sencillo corazón,
Enmudece en mi lábio la palabra,
Se despierta en mi pecho el sentimiento,
Se ilumina mi ardiente pensamiento,
Y me rinde sagrada admiracion.

Por eso, Celedonia, cuando admiro
Tu belleza y tu hechizo misterioso,
Que ilumina cual astro esplendoroso
El rutilante sol de tu virtud,
Suspende el alma el poderoso vuelo,
Y absorta, al contemplarte, se extasia;
Por que en tí Celedonia, hay mas poesia
Que la que puede haber en mi laud!

P. Jimenez Pozzolo.

Noviembre 12 de 1885.



En el álbum

DE LA DISTINGUIDA SEÑORITA CARMEN XIMENEZ

La hermosura, para mí, es un grande atractivo en la mujer; el sentimiento su cualidad mas bella; el cariño su mejor adorno: con lo primero, logran embelesarnos; despertar nuestra inspiracion con lo segundo y admirarnos con lo último; pero si á todo eso que vos poseeis en conjunto, agregais algo que ignora vuestra sencilla modestia, — como ignora la flor la ricura de su perfume; la nota la dulzura de su ritmo; la paleta la sublimidad de sus colores; si agregais, repito, á todo aquello la fineza que os caracteriza para con el amigo; el

acendrado anhelo para con la familia—y el talento para con todos, debeis de confesar, mi buena amiga, que sois una mujer perfecta, digna, ejemplar y bella.

Jaan Carlos Curvalho.

Marzo, 28 de 1885.



En tu album

(Á MI PRIMA CÁRMEN XIMENEZ)

¡Eres joven! tu llanto no ha corrido
Te sonries aún!
¡Ah! ¡si supieras lo que yo he sufrido
Sonriendo como tú!
Y no mido al dolor por lo que dura:
Es por su intensidad;
Que bien puede una gota de amargura
La vida envenenar.
La experiencia es sepulcro de ilusiones,
Y de ensueños de amor;
Fúnebre voz que ahuyenta las visiones
Que la mente forjó.
¡Ah! pero, en cambio, el que esa voz escucha
Si pierde una ilusion,
Vigoriza su espíritu en la lucha
Venciendo á su dolor.
Rugidos de marea embravecida,
Un día escucharás;
Se acercan las borrascas á tu vida
¡Tal vez te azotarán!
Pero, no temas, la virtud es roca
Que enfrena su furor,
Que al rudo oleaje de la mar provoca
Y escuda al corazon.
Hasta tu alma de virtud asilo
No llegará el pesar;
¡Deja, si el corazon está tranquilo,
Que ruja el huracan!
Y la luz de una aurora sonrosada
Alumbrará tu hogar,
Sin que empañen tu limida mirada
Las sombras del pesar.

Juan L. Basavilbaso.

Buenos Aires, Noviembre 8 de 1885.



La belleza del cuerpo atrae;—pero tiene doble poder, cuando está unida á la belleza del alma.

Miguel F. Rodriguez.

Montevideo, Setiembre 23 de 1885.

En mi pensamiento no tengo sinó un solo nombre, con él llenaria las páginas de este álbum, y por cierto que, cuanto de mas bello se dijera no seria tanto como trazando el nombre de *Cármén Ximenez*.

Anibal Mendez.

Montevideo, Abril 21 1885.



En el álbum

El mundo es el crisol donde se funden
Las dichas y el dolor:
Las primeras. . . . son agua y se evaporan,
Pero el segundo nó.

Isaias Ximenez.



Todo pasa en la vida; todo es fugaz y transitorio como un fuego fátuo.—La hermosura perece tambien en los azares de la existencia:—lo que nunca perece, lo que siempre alienta con el mismo vigor, es el doble atractivo de la modestia y de la virtud.

José A. de Freitas (hijo.)

Montevideo, Abril 21 de 1885.



En su álbum

¡Que importa que en la ruda batalla de la vida riegue con mi sangre las breñas del camino, si al fin de la jornada cayendo en tus brazos me espera la gloria!

Eduardo D. Fortezu.

Montevideo Diciembre 2 de 1885.



Tu voz

A. M. B. Y N.

Suave como el rumor de la marea
Al morir en la playa;
Dulce como el gorjeo enamorado
Del ruiseñor que canta;

Vibrante cual la nota desprendida
De las cuerdas del arpa,
Que al dilatarse en los espacios llega
Hasta el fondo del alma.

Tau melodiosa cual la dulce brisa
Que juguetona pasa,
Y deposita cariñosa un ósculo
En la flor aromada.

Así es la voz que con placer he oído
En momentos de calma,
Así es la voz armónica y sentida
Que exhala tu garganta.

Isais Ximenez.



La hermosura en la mujer es un atractivo, pero la virtud y la belleza del alma, son un tesoro.

Manuel Paseyro Uceta.

Marzo 26 1885.



A mi prima y amiga

CÁRMEN XIMENEZ

Si la bondad, la virtud y la belleza son en la mujer los mas relevantes atractivos que puede anhelar el hombre, tú serás para cuantos te conozcan el ideal mas perfecto.

Arturo Sierra.

Julio 12 de 1885.



Deseo que todos los ensueños de la primavera de la vida, se realicen para vos y que nunca el frio desencanto venga á marchitar vuestras bellas ilusiones.

Bayce.

Noviembre 10 de 1885.



En un álbum

En Montevideo, bajo el puro cielo de la patria Oriental cree uno hallarse en un jardín. Flores de una primavera eterna son sus hermosas hijas. Dichoso aquel que como yo pueda aspirar aunque sea solo por un instante su fragancia exquisita.

Montevideo, 1882.

Adriano M. Aguiar.



En un abanico

No necesitas el dardo de amor para herir á un corazón.

Te basta con la lumbre de tus bellos ojos; el que una vez se mira en ellos nunca los olvida.

Montevideo, 1884.

Adriano M. Aguiar.

Voz del alma

Yo no puedo cantar! Arde en mi pecho una pira de intensas llamaradas, que arrebatan tremendas y encontradas mil ráfagas de dicha y de dolor.
Yo no puedo cantar, cuando en el alma miro surgir la duda misteriosa, que apaga con su sombra tenebrosa la luz de la esperanza y del amor!

Yo no puedo cantar! que en el pasado ví caer, convertidas en girones, las puras y brillantes ilusiones que fueron los ensueños de mi ayer! . . . Sueño vago, confuso y ondulado, lleno de amor, de dicha, de alegría, . . . rayo de luz espléndido, poesía que huyó del alma para no volver!

Por eso ahora, — en mi pesar profundo, — inclino triste la abatida frente, y solo brota en mi laúd doliente un himno de dolor y de aflicción, y en vez de los cantares de otros días, tan solo ardiente de mi pecho brota, franca, punzante, vibradora nota, la nota de dolor del corazón!

F. Ximenez Pozzolo.



Irene

(HISTORIA DE UNA LOCA)

Encuéntrome en uno de los corredores del Manicomio Nacional en compañía de uno de los empleados de ese Establecimiento sanitario, encargado de ser mi *cicerone*, y dejarme visitar ambos departamentos de alienados.

Ya he pasado el de los hombres donde mi corazón ha experimentado sensaciones encontradísimas, desde la de la opresión mas íntima del dolor hasta la de la expansión mas franca de la risa.

Ahora, frente al enrejado del de las locas, mi vista se detiene sin quererlo, en una mujer joven todavía, llena de esos secretos encantos de la pomposa edad de las ilusiones. Su edad no debe bajar de veinte y cinco años ni pasar de treinta. Viste un traje de merino negro, y lleva en su cuello como único adorno una cinta de terciopelo del mismo color, formando de ese modo, un contraste perfecto con el blanco mate de su delicado busto. Sus cabellos, del color y

brillo del ébano, caén sobre su espalda, sueltos y flotantes al viento. Sus ojos son de ese color inmortalizado por Gustavo A. Becquer en una de las mas inspiradas estrofas de sus Rimas, cuando una niña, quejosa de tener sus ojos verdes, le hace decir con la mayor originalidad:

Porque son niña tus ojos
Verdes como el mar, te quejas:
Verdes los tienen los náyades,
Verdes los tuvo Minerva,
Y verdes son las pupilas
De las hurís del Profeta.

El verde es gala y ornato
Del bosque en la primavera.
Entre sus siete colores
Brillante el Iris lo ostenta.
Las esmeraldas son verdes,
Verde el color del que espera,
Y las ondas del oceano,
Y el laurel de los poetas.

Lo demas de su conjunto no puede ser mas agradable: frente alta y despejada; graciosa nariz; pequeñísima boca, cuyos labios de un punzó subido incitan besarlos á todas horas; dientes de esmalte-perla y un perfil seductor y perfecto, en una palabra, es toda una mujer hermosa y correcta.

Solo un detalle hace desmerecer un tanto su belleza; es un círculo amoratado, de un violáceo subido, formado alrededor de sus lindísimos ojos, como si una sombra de inextinguible dolor los circuyera eternamente.

Está recostada contra el vano de una puerta, con la cabeza inclinada y fija la mirada al suelo, y con los brazos caídos y las manos cruzadas. Está abstraída y pensativa como si su espíritu se encontrara perdido en un mar de recuerdos.

De repente, contrastando con su actitud primitiva levanta sus hombros y los deja caer rápidamente, soltando en seguida una carcajada histérica y prolongada. Cinco minutos está de esta manera, pasados los cuales torna á su habitual tristeza; y entro reir y ensimismarse, se pasa las horas y los dias, segun me cuenta mi acompañante.

Este, adivinando mi curiosidad de saber quien es ella y el porqué de su enagenacion, me dice señalándola:—Señor, yo adivino vuestro pensamiento, aquella loca de traje negro os ha llamado la atencion y deseais saber algo de su vida, ¿verdad? A to-

dos cuantos visitan este Establecimiento les ha pasado otro tanto. Es tan simpática! . . .

—Es cierto, le respondo; no sé porqué, pero esa mujer debe tener una historia triste, una historia de esas escritas con caracteres de lágrimas en el corazon.

—En efecto, señor, esa mujer es muy desgraciada, es uno de esos seres nacidos para llorar toda la vida.

Y para decidirlo á contarme la historia de la pobre loca le pregunto en seguida:—¿Es soltera ó casada?

—No, señor: viuda, me contesta lacónicamente.

—Entónces, el causante de su locura es el esposo ¿no es cierto?

—Si. . . . pero sin culpa suya.

—Sin culpa suya, dices;—¿como es posible?

—Es bien fácil. Si quereis os referiré su historia, y entónces vereis, señor, como es posible el hecho de ser uno causa de un mal sin ser culpable.

—Pues bien.... ¿Como os llamais vos? . . .

—José Ruiz, señor, me contesta haciéndome un cortés saludo.

—Pues bien, José, contádmela, porque ahora tengo interés y curiosidad en conocerla, os lo agradeceré muchísimo.

Y mi *cicerone*, comienza de este modo:

(Concluirá.)

Una vision

Como una vision se me habia aparecido, como una vision pasó ante mí, y desapareció para siempre.

Turguenev.

A la luz de los astros brilladores,
Coronada la sien de blancas flores,
Paseaba silenciosa en su jardin;
Pensativa la frente . . . las pupilas
Contemplando los lirios y las lilas,
O mirando la bóveda sin fin . . .

Mi nombre pronunciaba á cada instante
Ocultando en las manos el semblante
Y suspirando trémula de amor;
Yo aparecí de pronto entre la fronda,
Y ella, inclinando su cabeza blonda
Un instante despues se dispó . . .

Victor Arreguine.

Tipografía Oriental, calle 33 núm. 112.